

amplio sector, quizá definitivamente deshecho por el franquismo, se dice que el teatro "ha perdido interés" al no cumplir un papel de parlamento. ¡Qué desdichada manera de entender las cosas! ¡Qué concepción más radicalmente reaccionaria del arte!

Paralelamente, el Congreso de Teatro de Madrid, en el que han participado si no muchas sí representativas personalidades de nuestra vida teatral, ha elaborado unas conclusiones que reflejan, precisamente, esa creciente impaciencia de nuestros artistas y su también creciente propósito de tomar iniciativas, de no asistir impasibles —entre el "desencanto" general— a su propio funeral. La larga serie de temas abordados quizá podrían resumirse, incluso antes de entrar en sus contenidos concretos, en la petición de una ley que no sólo subvierte mucho de lo actualmente establecido, sino que dé a la política teatral una serie de criterios objetivos, frente a esa suma de "casos especiales", "relaciones personales" y "peticiones", que sigue siendo la pesada y a veces irritante herencia de la etapa anterior.

De las distintas ponencias, las comisiones han ido extrayendo una serie de conclusiones, sometidas luego a un pleno. La sensatez y el sentido de las mismas es obvio. Y valen, por su coherencia, por su alcance, sin necesidad de entrar en el problema de la representatividad del Congreso. Se trataba de elaborar un análisis de los problemas fundamentales de nuestro teatro y de proponer una respuesta. Y eso, dentro de un Congreso abierto a todo el mundo, se ha hecho.

Decir, por ejemplo, que se solicita la desgravación fiscal para el teatro, es decir, que quienes han intervenido en el Congreso consideran que el teatro es, si quiera potencialmente, una manifestación cultural. Y que es necesario, para que eso se traduzca en acto, cumplir con una serie de requisitos, que van desde la derogación del Reglamento de Policía de Espectáculos a la creación democrática de un Consejo del Teatro, desde el incremento de los presupuestos del Estado hasta un límite de 10 funciones semanales, desde el aumento de la atención que dispensan al teatro la TV y los medios de información a las actividades teatrales dentro de la Enseñanza General Básica...

Con todo lo cual, a fin de cuentas, frente a tantas generalizaciones programáticas, los hombres del teatro madrileño intentan expresar una opinión sobre el modo de concretarlas. ■ JOSE MONLEON.

ADIOS A LAS LETRAS

Firmas para abortar

Los intelectuales españoles de los últimos cuarenta años han abortado todos clandestinamente. A partir de ahora tratan de abortar a la luz del día. No les va a resultar fácil. Tampoco pudieron los intelectuales imitar de manera completa la boda ácrata de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, porque el amancebamiento estaba tan prohibido como "Mundo Obrero".

Pero ellos se las podían arreglar. Letan a Henry Miller y a Günter Grass mucho antes de que los editara Jaime Salinas, y hoy pueden andar diciendo por ahí que ambos son dos autores viejos y señoriales, archiconocidos, como Lisboa, mientras que otros van creyendo que la cultura comienza cuando la publica Alfaguara y no antes.

En este momento, los intelectuales se han lanzado a otro ruedo: el del aborto. Para ese viaje necesitan alforjas políticas, y se han pertrechado tras las espaldas de personajes como Ramón Tamames, Marcelino Camacho y Javier Solana.

Entre todos han firmado un documento en el que anuncian su propósito de ayudar a abortar

a las españolas que lo precisen. Lo suyo será dar información amplia y objetiva sobre las circunstancias en que esta operación se realiza en países en los que se halla permitida.

No me imagino yo a Isaac Montero, el novelista, recomendándole a una señora los vericuetos londinenses para que no se pierda entre la maraña de griegos y latinos que describen el paso hacia la clínica del aborto. Pero es muy meritorio que personajes como éste y como Juan García Hortelano y José María Guelbenzu dejen por un rato sus plumas y sus ediciones y salten al ruedo con un cúmulo de información sobre una práctica que es resultado de la libertad de la mujer para usar su cuerpo.

En cualquier caso, me asusta pensarme, como mujer, como transexual o como hombre, ante Marcelino Camacho, oyendo los mejores métodos anticonceptivos o los abortivos más eficaces. ¿No aprovecharía el buen hombre para dictarme la doctrina obrera que acaba de ser ratificada en el Congreso de su central sindical? ¿Y Nicolás Redondo, otro de los firmantes, no trataría de sacar provecho de nuestra relación pro abortiva para describirme los detalles del ingreso de Enrique Tierno Galván en la Unión General de Trabajadores?

¿No trataría Javier Solana de hablarme en inglés? ¿Y Javier Pradera, editor, no utilizaría la ocasión para colocarme la última obra de Arthur C. Clarke, "que te la lees en un minuto, mientras haces el corto viaje"?

En serio: pienso que esta reacción de los intelectuales y de la sociedad en general en favor de una alternativa que en otros países no escandaliza es uno de los gestos más positivos que la intelectualidad y la clase política española han mostrado en los últimos años. Ya Adolfo Suárez no puede ir escuchando sólo a monseñor Tarancón, que está muy pasado y además muy lúgubre, obedeciendo una doctrina vaticana que ve perros rabiosos cada vez que oye la palabra divorcio, aborto o contracepción.

Lo que siento es que, sabiendo estos intelectuales de mis buenos contactos con el mundo clínico inglés, por mi apócrifa profesión de cirujano, no me hayan pedido aún que me integre en ese largo cúmulo de firmas que han logrado las feministas. Es muy probable que estén esperando a que deje la fotografía para poder decirse a invitarme. ■ SILVESTRE CODAC.

